

A pesar de tan extraña conducta por parte de los ingleses, el duque de Alba había traspuesto los montes, y tomado á San Juan de Pié de Puerto (setiembre), fiado en la cooperacion y ayuda de aquellos, por quienes ya se continuaba la empresa. Mas desde la retirada del ejército inglés érale casi imposible al de Alba sostenerse solo en tan difícil posicion, por mas que hubiera procurado fortificarla haciendo conducir artillería con mil trabajos por entre altos riscos y ásperos cerros, teniendo que trasportarla con máquinas, y asegurar los cañones con gruesas maromas que había que amarrar á los troncos de los robles de la montaña. Era tambien para él la ocasion mas desfavorable, no solo por el aliento que infundió á los franceses la retirada de la armada inglesa, sino por los refuerzos que llegaron de Italia, de donde acababan de ser arrojados. Juntáronse, pues, los mejores generales franceses. Los de Bearne y Gascuña se alzaron por su rey don Juan de Albret, y la Francia puso á su disposicion considerables fuerzas. Estella y otras ciudades de Navarra se rebelaban contra el Rey Católico.

Dividióse el ejército francés en tres grandes cuerpos, el uno al mando del rey don Juan con el señor de La Paliza, el otro al del conde de Angulema (1), y el tercero al de Carlos de Borbon duque de Montpensier. El del monarca navarro, que no constaba de menos de quince mil hombres, atravesó el Pirineo por entre Aezcoa y Roncal, y tomó por asalto á Burguete degollando toda la guarnición, pereciendo en el combate el valiente capitán de la guardia del Rey Católico Fernando Valdés, pero costándoles á los enemigos la pérdida de mil hombres. Si don Juan de Albret hubiera ocupado pronto los desfiladeros de Roncesvalles, el duque de Alba hubiera podido ser cogido entre dos ejércitos; pero deteniéndose en las cercanías de Burguete, dió tiempo al de Alba para retirarse á Pamplona, donde llegó con oportunidad para contener las conspiraciones que se fraguaban, y donde concentró sus fuerzas. Los otros dos cuerpos de tropas francesas invadieron la Guipúzcoa, destruyeron á Irun, Oyarzun, Rentería y Hernani, y cercaron á San Sebastian, donde se había encerrado toda la nobleza guipuzcoana y vizcaína. Mandaba el sitio el general francés Lautrec: la ciudad rechazó heroicamente hasta ocho asaltos, y viendo el de Lautrec la mucha pérdida que sufría su ejército, escaso por otra parte de recursos, y que acudían los guipuzcoanos y vizcaínos en socorro de la plaza, se vió obligado á levantar el cerco.

Estella, Miranda, Tafalla y otras villas se alzaban contra la dominacion castellana, y don Juan de Albret se dirigió á sitiar á Pamplona. Mas los capitanes aragoneses y castellanos fueron recobrando y subyugando las ciudades sublevadas: don Francés de Beaumont, primo del conde de Lerin, asaltó y tomó á Estella; Pedro de Beaumont, hermano del conde, recuperó á Monjardin, y reforzó á los sitiadores del castillo de Estella hasta forzarle á rendirse. El de Alba se defendía heroicamente en Pamplona, rechazaba con vigor los asaltos del enemigo, acudían tropas de Castilla en socorro de los sitiados, y faltando los víveres al ejército franco-navarro, levantó el de Albret el sitio (noviembre) al tiempo que Angulema y Lautrec iban desde San Sebastian á reunirse. Viendo la empresa perdida, y sin llegar á incorporarse los dos cuerpos de Montpensier y Angulema con el de Albret y La Paliza, tomaron el camino de Francia, no obstante hallarse los Pirineos cubiertos de nieve (diciembre, 1512), y no sin que la retaguardia del de don Juan fuera destrozada y dejara doce cañones en poder de los guipuzcoanos y montañeses que la atacaron en los desfiladeros de Elizondo. Precipitaron los franceses aquella marcha por temor tambien á un ejército de quince mil hombres que el rey don Fernando había reunido en Puento la Reina al mando del duque de Najera don Pedro Manrique. El mismo rey pasó entonces de Logroño á Pamplona, así para acabar de reducir lo poco que faltaba, que eran algunos pueblos del Roncal, como para recibir la obediencia de los lugares de la tierra llana que no la habían prestado todavía. Con esto acabaron los reyes doña Catalina y don Juan de Albret

(1) El que despues reinó en Francia con el nombre de Francisco I.

de perder toda esperanza de verse restablecidos en su trono de Navarra (2).

Dedicóse Fernando á reparar las fortificaciones de Pamplona y de otras ciudades atacadas por el enemigo, y á prepararse convenientemente por si los franceses intentaban reparar otra vez el Pirineo. Mas estos temores y peligros cesaron desde que á principios del año siguiente (1513), y con motivo de las combinaciones políticas á que dieron lugar las guerras de Italia, ajustó el Rey Católico con Luis XII de Francia la tregua de un año de que hablamos en el capitulo precedente, y que se renovó y prolongó despues. Con este concierto el destronado rey de Navarra don Juan de Albret quedó sacrificado á los intereses de su aliado Luis, é imposibilitado de emprender nada en Bearne, mientras Fernando el Católico alejaba la guerra de Navarra, no importándole dejarla abierta en otros países, donde sabia que había otros tanto ó mas interesados que él en proseguirla, y aprovechaba aquel reposo para afianzar el reino nuevamente conquistado. Los navarros que habían seguido el partido de sus reyes fueron sometidos á su nuevo monarca, el cual con su acostumbrada política los recibia muy benignamente, y los restablecia en sus casas, haciendas y oficios. Tomó muy prudentes medidas de orden y administracion, procuró extinguir los inveterados odios y conciliar los antiguos partidos que tenían destrozado aquel reino, y confirmó y aun amplió los fueros y franquicias municipales, con lo cual se fué granjeando las voluntades de sus nuevos súbditos.

Trasladóse desde Pamplona, primero á Burgos y despues á Logroño, dejando por virey de Navarra á don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles (3). En 23 de marzo (1513), en córtes convocadas en Pamplona juró el virey á nombre y con poderes del monarca guardar á los navarros sus fueros, y estos á su vez prestaron juramento de ser fieles al rey don Fernando, *segun que buenos é leales súbditos y naturales son tenidos de hacer, como los fueros y ordenanzas del reino disponen*. Sin embargo, al decir de los escritores navarros, Fernando se titulaba todavía en 1514 *depositario* del reino de Navarra, y con este título, dicen, le gobernó, tal vez hasta que perdió las esperanzas de tener en doña Germana un hijo que le sucediese en los reinos de Navarra y Aragon. Esta misma circunstancia, junto con la de haber sido las armas de Castilla las que mas habían trabajado en la conquista de aquel reino, y la consideracion de que los navarros sentirian menos ofendida su altivez en verse asociados á Castilla que á Aragon á causa de las antiguas pretensiones de este reino, influyeron sin duda en la determinacion que tomó al año siguiente de incorporar definitivamente el reino de Navarra á la corona de Castilla, como lo verificó por solemne declaracion que hizo en las córtes de Burgos (15 de junio, 1515), con alguna general extrañeza, si bien ya se comprendia que no teniendo descendencia de su segundo matrimonio, uno solo había de ser el heredero de los tres reinos, de Navarra, de Castilla y de Aragon (4).

Habiendo fallecido por este tiempo Luis XII de Francia, y sucedidole Francisco I en el trono, mas afortunado que él, por lo menos en el principio, en la empresa de Italia, segun mas adelante veremos, los reyes de Navarra doña Catalina y don Juan, á quienes el nuevo monarca francés había ofrecido ayudarlos á recobrar su reino, dirigieron una embajada al Rey Católico demandándole la restitucion de su corona, y citándole, de lo contrario, para ante el tribunal de Dios. Pero Fernando, que, como dice un historiador aragonés, « declaró al tiempo de morir que tenía la conciencia tan tranquila respecto á la posesion de aquel reino como podía tenerla por la corona de Aragon (5), » contestó al requerimiento, que él había conquistado justamente el reino de Navarra á virtud de bula

(2) Lebrja, De Bello Navar. lib. I.—Aleson, Anal. de Navarra, t. V.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, ubi sup.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 29 á 43.

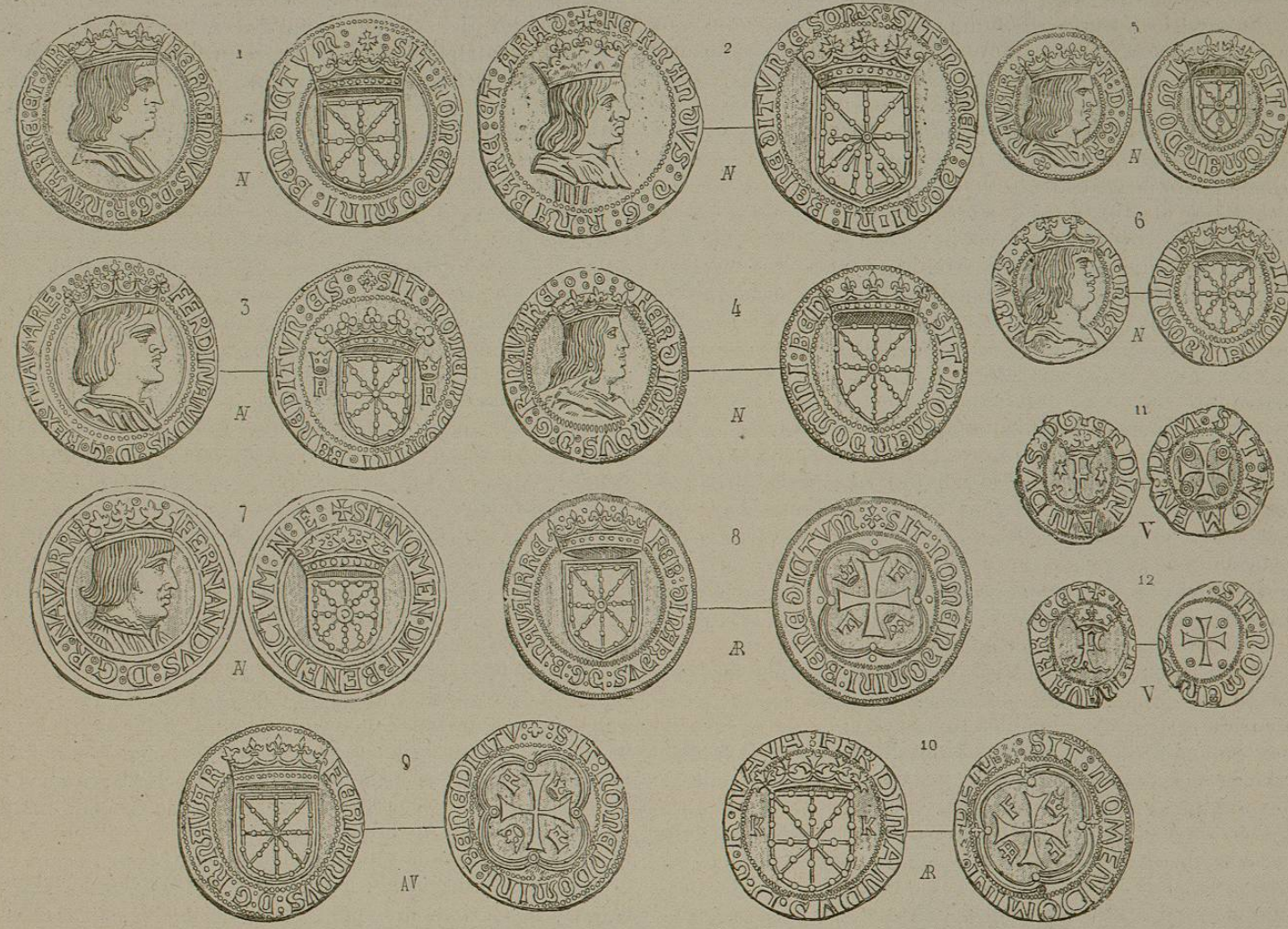
(3) Aleson se equivocó al decir que dejó por virey al duque de Alba. (4) Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 94.—Aleson, Anales, tom. V.—Carta del rey al arzobispo Deza, en Bernaldez, c. 236.—Carvajal, Anales, 1515.—Yanguas, Hist. de Navarra, p. 422.

(5) Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, p. 404.

pontificia que le daba á quien primero se apoderase de él, y que Dios le había hecho la gracia de conservar la conquista por la fuerza de las armas.

De esta manera y por tales medios quedó incorporado y refundido en Castilla el pequeño reino de Navarra, una de las primeras monarquías que se formaron en España despues de la irrupcion de los sarracenos, y así se completó y redondeó al cabo de siglos la unidad á que estaba llamada la gran familia española, á excepcion del reino de Portugal, lastimosa desmembracion de la corona castellana, que se mantenía independiente (1).

NAVARRA



FERNANDO EL CATÓLICO

parece indicar que obrara de mala fe. Y si tal vez fué su intencion apoderarse de todos modos de aquel reino, lo que tampoco nos maravillaria en el carácter del monarca aragonés, menester es convenir en que supo conducir el negocio con bastante arte y maestría para dar á la ocupacion toda la apariencia de legalidad, y para justificar, al menos exterior-

mente, la legitimidad de su título de rey de Navarra. Entre los muchos documentos que hemos visto relativos á este negocio, el que nos ha parecido que arroja mas luz sobre las causas, precedentes y trámites de esta conquista le hallarán nuestros lectores por apéndice al final de este volumen.

CAPÍTULO XXVII

Muerte del Gran Capitan.—Muerte del Rey Católico

DE 1512 Á 1516

Conducta de Fernando con el Gran Capitan.—Sentimiento que produce en el ejército.—Quejas de Gonzalo.—Dureza con que habló al rey.—Devuélvele los poderes.—Nuevos recelos del monarca: desaires.—Muerte de Gonzalo de Córdoba.—Luto en la corte.—Virtudes del Gran Capitan.—Enfermedad del rey y su causa.—Proroga Fernando la tregua con Luis XII.—Disgusto y resolucion del rey de Inglaterra.—Pensamientos de Francisco I de Francia.—Promueve el rey Católico otra liga contra él.—Toma el archiduque Carlos el gobierno de Flandos.—El rey Fernando en las córtes de Calatayud.—Renúvase la guerra de Italia.—Deslealtad del conde Pedro Navarro.—Sangrienta y tenaz batalla entre suizos y franceses.—Francisco I de Francia se apodera de Milan.—El papa abandona al Rey Católico y se une al francés.—Alianza entre Fernando el Católico y Enrique VIII de Inglaterra.—Agrávese la enfermedad del rey.—Su testamento.—Disposiciones para la sucesion y gobierno de los reinos.—Su muerte.

Cosa era que causaba general admiracion y escándalo que ni para la empresa de Oran, ni para la de Italia, ni para la de

(1) Poco sobrevivieron los últimos reyes de Navarra á su infortunio. Don Juan falleció á 23 de junio de 1517, y doña Catalina le siguió al sepulcro el 12 de febrero del siguiente año 1518. Aunque no faltaban á don Juan de Albret algunas buenas cualidades, puesto que no carecia de capacidad ni de valor, y era además afable y social, y sobre todo amante de las letras, no tenía el genio y temple que se necesitaba para desenvolverse (si esto era posible á un pequeño rey en su crítica situacion) en tales tiempos y colocado entre dos tan formidables rivales como eran Luis XII de Francia y Fernando II de Aragon y V de Castilla. Era además un tanto abandonado para los cuidados del gobierno, demasiado amigo de los placeres, y poco celoso de su dignidad, en el hecho de mezclarse con excesiva llaneza en los bailes y diversiones con la clase mas ínfima del pueblo.—Aleson, Anales, tom. V, lib. 35.—Otro historiador de Navarra hace de él el siguiente retrato: «Tenia el rey aficion particular á las obras de literatura, y reunió una biblioteca bastante numerosa. Gustaba tambien de ocuparse en las genealogías de las casas nobles. Conversaba con la mayor familiaridad con sus vasallos: concurría á los festines del pueblo, donde bailaba con las damas, y á veces en las calles al uso del país; y tampoco tenía reparo en comer y cenar en casas particulares de mediana esfera, convidándose él mismo con una franqueza singular.»—Yanguas, Hist. de Navarra, p. 366.

Navarra quisiese el rey emplear al mas entendido, valeroso y afortunado general español, y que mientras pasaban estos grandes acontecimientos la victoriosa espada del Gran Capitan se estuviera enmohecendo en un agujero de las Alpujarras, como llamaba él á su retiro de Loja, todo por el infundado recelo que abrigaba todavía el suspicaz monarca del antiguo conquistador y virey de Nápoles. «Muy encallada está la nave,» decia aludiendo á su forzada inaccion el conde de Ureña.—«Sabad, conde, replicaba Gonzalo, que esta nave, cada vez mas firme y mas entera, solo aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.»

Esta ocasion se creyó llegada, cuando á consecuencia del triunfo de los franceses sobre los príncipes de la Santa Liga en la batalla de Rávena determinó el rey, á petición del papa y de los aliados, enviar á Italia al Gran Capitan, como el único capaz de sacar triunfante la causa de las potencias coligadas. Tan pronto como se supo esta determinacion, nobles, caballeros, soldados, hasta la guardia misma del rey, todo el mundo se apresuraba á alistarse en las banderas de Gonzalo, muchos se ofrecian á servir sin sueldo, solo por participar de sus glorias, y por ir á Italia con el Gran Capitan no se encontraba quien quisiera ir á la guerra de Navarra. Mas todo este entusiasmo se vió muy brevemente convertido en sentimiento público. Mientras se disponia la expedicion, mudaron de rumbo las cosas de Italia; los franceses, derrotados en Novara por los suizos, eran expulsados de Lombardia; y el objeto de la Santa Liga parecia cumplido. Entonces, y en ocasion que Gonzalo se hallaba en Antequera acelerando la marcha de la expedicion, recibió orden del rey para que suspendiese la partida, puesto que habiendo perdido los franceses lo que tenían en Italia, no habia ya necesidad allí ni de capitan ni de tropas españolas, que los caballeros y continos de su casa que estaban con él fuesen á servir en la guerra de Navarra, á cuyas fronteras acudian todas las fuerzas francesas, y que licenciase y despidiese las tropas, continuando solo las pagas á los que quisiesen alistarse para el ejército de Navarra (1512).

La noticia de una gran derrota ó de un gran infortunio hubiera causado menos honda sensacion de disgusto y de pena que la que produjo en el ejército español esta conducta del rey con el Gran Capitan. Porque si al ordenar la suspension de su ida á Italia, donde podrian no ser ya necesarios sus servicios, le hubiera dado el mando en jefe del ejército de Navarra, no se hubiera atribuido á desaire, ni se hubiera calificado de insigne ingratitud, como lo era condenarle otra vez á la inaccion y al retiro, cuando ardía viva una guerra extranjera en el norte de España. Así fué que casi ningun capitan de los alistados con Gonzalo quiso servir en la campaña del norte. Gonzalo convocó sus tropas, las animó á celebrar la prosperidad de los negocios exteriores del reino, y no queriendo dejar de hacerles alguna demostracion de agradecimiento por el celo y la buena voluntad con que se habian prestado á seguirle, espléndido y liberal siempre, hizo reunir hasta la cantidad de cien mil ducados en dinero y alhajas, y los distribuyó generosamente entre los oficiales y soldados, y con esto se despidió de su ejército.

Altamente ofendido se mostró de su monarca el Gran Capitan, y en esta ocasion dió bien á entender que se le habia apurado el sufrimiento, y aun el disimulo que hasta entonces habia podido guardar. Lleno de dolor y de enojo, en la respuesta que envió al rey contestando á su mandamiento, le manifestó cuánto le maravillaba que hubiera tomado con él semejante determinacion, debiendo saber que «era mas codicioso de buena fama que de mucha hacienda, y que todo lo que el mundo valia lo estimaba en poco en comparacion de su lealtad á un amigo cualquiera, cuanto mas á su rey y señor; que S. A. debia conocer mejor que nadie á los hombres malévolos y de tan poco ánimo como sobrada ambicion que sin duda le envidiaban y calumniaban, y que recordara bien si alguna vez por causa suya habia recibido detrimento el reino, ó sufrido mengua las banderas españolas.» Y como el rey procurara justificarse con Gonzalo, exponiendo, con las mas suaves palabras que podia emplear, las causas por que habia mandado sobreseer en su ida á Italia, el Gran Capitan, cada vez mas irritado, escribió al rey dándole nuevas y mas amar-

gas quejas, expresadas con palabras las mas fuertes y duras. Despues de desafiar al rey á que le señalase uno solo de entre todos sus súbditos y criados que le hubiese servido con mas lealtad y paciencia y mas sin respeto de sí mismo, añadía, «que en ser de aquella manera tratado conocia que estaba pagando lo que habia ofendido á Dios por servir á Su Alteza; que en lo que á él tocaba, acostumbrado estaba á sufrir y á pasar por todo, pero que le pesaba y dolia mucho el daño que con aquella orden se habia hecho á los que vendieron sus haciendas y dejaron buenos y honrosos partidos por seguirle en aquella empresa, y cuyas quejas cargaban sobre él; que por su parte no sentia lo que habia gastado en gratificar á aquellos caballeros, pues hasta quedar reducido otra vez á Gonzalo Hernandez, todo lo debia expender en servicio de S. A.» y concluia pidiéndole licencia para irse á vivir con su familia á su pequeño ducado de Terranova, puesto que el estado en que se encontraban las cosas de Italia le ponía allí fuera de toda sospecha, hasta que Su Alteza tuviese mejor ocasion y mejor voluntad de servirle de él.

Dábale el rey por excusa que, siendo la intencion y propósito del papa hacer que saliesen de Italia los españoles, como habian salido ya los franceses, no consentiria que se enviase allá nuevo ejército, ni era conveniente hasta tener arregladas las cosas con los príncipes de la liga, y que le parecia mejor que hasta tanto que esto se determinase se fuese á descansar durante el invierno á Loja. Pero la verdad era que se habia tratado de persuadir al rey, y él por lo menos fingia creerlo ó recelarlo, que habia tratos secretos entre el papa y el Gran Capitan para echar de Italia así las tropas del emperador como las del Rey Católico, en premio de lo cual el pontífice daría á Gonzalo el ducado de Ferrara, y que esta era la razon del empeño que el papa habia mostrado siempre en que se nombrase á Gonzalo de Córdoba general de la Iglesia y de los ejércitos de la liga. De esta sospecha, tan injuriosa á la lealtad del Gran Capitan, no hemos hallado hasta ahora prueba alguna en la historia, por lo cual debemos creer que era todo ó calumnia de sus enemigos, ó suspicacia, ó tal vez malicia del rey. Ello es que indignado Gonzalo con aquella respuesta, envió al rey sus poderes, diciendo, «que para ermitaño, como lo pensaba ser, no tenia necesidad de ellos, y que se iria á vivir en aquellos agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios, teniendo aquel destierro por una de las mercedes que de la mano de Dios habia recibido, muy colmada para la alma y para la honra (1).»

Poco tiempo despues, ó por probar hasta dónde llegaba el disfavor de su soberano, ó porque realmente necesitara alguna indemnizacion de los gastos que habia hecho con los caballeros y capitanes que entretuvo á su costa en Córdoba y Antequera, pidió al rey una tras otra dos encomiendas que sucesivamente vacaron, y ambas se las denegó el monarca, so pretexto de que no estaba lejos de pensar que tuviera derecho al gran maestrazgo de Santiago, y de ser informado de que proseguía su pretension con el papa para que se le confiriese en el caso de fallecimiento del rey.

No pudo ya el Gran Capitan ser amigo de un soberano que le correspondia con tanta ingratitud, y no estamos lejos de creer fuese cierto lo que Fernando despues comenzó á sospechar, á saber, que adhiriéndose á los nobles y grandes descontentos que suspiraban por la venida del príncipe Carlos para alejar otra vez de Castilla al rey de Aragon, trabajaba con ellos por traer al archiduque heredero y encomendarle el gobierno de Castilla. Decíase que tenia proyectado embarcarse en Málaga para Flandes con objeto de ir á buscar personalmente al príncipe, y que solo esperaba buena ocasion para realizarlo. Es lo cierto que en la enfermedad que el rey padeció por aquel tiempo no habia ido á verle, y se disculpó despues con su soberano diciendo que no lo habia hecho «porque no lo atribuyese á lisonja, que era la moneda que menos queria dar ni recibir.» Y tal vez por alejarle de aquel punto le invitó Fernando y le rogó que asistiese al capítulo de las

(1) Crónica del Gran Capitan, lib. III.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. III.—Mártir, epist. 498.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X, capítulo 28.—Quintana, Vida del Gran Capitan, p. 330 y sig.

[Handwritten text in Spanish, likely a copy of the original letter or a related document. The text is written in a cursive script and is mostly illegible due to the angle and fading. It appears to be a copy of the letter from Gonzalo Fernandez de Córdoba to the King, as mentioned in the caption.]

COPIA DE UN AUTÓGRAFO DEL GRAN CAPITAN GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA
(CONSERVASE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID)

órdenes que el día de Santiago (1513) se celebraba en Valladolid, añadiendo que deseaba consultarle sobre las cosas de Italia y otros negocios graves que entonces ocurrían. También se excusó el Gran Capitán de asistir á aquella asamblea, y no ocultando su resentimiento respondió al rey que se sirviese dispensarle, pues bien sabía las justas causas que tenía para ello, que personas de suficiencia tenía á su lado á quienes consultar, y que creía hacerle mejor servicio en no ir, porque si S. A. lo desease, no le hubiera dado tan breve plazo para andar tan largo camino (1).

Finalmente, habiéndose asegurado á Fernando que el Gran Capitán tenía ya resuelto embarcarse en Málaga con los condes de Cabra y de Ureña y con el marqués de Priego, según unos para tomar el mando del ejército pontificio en Italia, según otros, y con mas probabilidades, para traer de Flandes al archiduque, despachó el rey un comisionado para que impidiese su embarque, mandó que le vigilaran y espíaran de cerca, y que si era necesario, le prendiesen. Pero aquel grande hombre iba á dejar muy pronto de inspirar recelos á su soberano. En el otoño de 1515 adoleció en Loja de cuartanas, enfermedad que no parecía peligrosa, pero que agravada con las pesadumbres y tenazmente arraigada vino á hacerse mortal. Con la esperanza de restablecerse variando de residencia, se trasladó á Granada, pero en vez de reponerse su quebrantada naturaleza, fué siempre declinando, hasta que sucumbió en los brazos de su esposa y de su querida hija Elvira (2 de diciembre, 1515). En los últimos días de su vida oyósele decir que solo se arrepentía de tres cosas: de haber quebrantado el juramento que hizo al duque de Calabria, de haber violado el salvoconducto que dió á César Borgia, á quienes entregó en manos del rey Fernando, personal enemigo de entrambos; y además otra tercera que no quiso descubrir, y que unos suponían fuese no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del archiduque, y otros sospechaban sería no haberse alzado él con el señorío de aquel reino, aprovechando el favor con que le brindaba la fortuna (2).

Tal fué la muerte de aquel grande hombre, muerte que causó profunda y general tristeza en toda España. El mismo rey, que solo así dejó de temer al ilustre súbdito de quien tanto y tan infundadamente había recelado en vida, no pudo menos de pagar un tributo de veneración y de respeto á su memoria, vistiendo de luto él y toda su corte, y mandando que se le hiciesen solemnes exequias, no solo en su real capilla, sino en todas las iglesias principales del reino. Sus restos mortales se depositaron primeramente en la de San Francisco de Granada, y mas adelante fueron trasladados á la de San Jerónimo. Doscientas banderas y dos pendones reales tomados á los enemigos, y colocados en las paredes del templo en derredor de su túmulo, proclamaban las hazañas del héroe allí depositado y recordaban á los concurrentes las glorias y los servicios del Gran Capitán. El mismo rey escribió una afectuosa carta de pésame á la duquesa viuda, en que confesaba los inestimables servicios que su esposo le había prestado (3).

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 70.

(2) Giovio, Vita Illustr. Viror.—Crón. del Gran Capitán, libro III, c. 9.—Mártir, epist. 560.—Zurita, Rey don Hernando, libro X, c. 96 y 98.—Quintana, Vida del Gran Capitán, p. 333.

(3) Carta del rey, fecha 3 de enero de 1516, en la Crónica del Gran Capitán.

El sepulcro del Gran Capitán, obra magnífica de Diego de Siloe, en el monasterio de San Jerónimo, una de las primeras fundaciones del arzobispo Talavera, donde reposaban también las cenizas de la ilustre duquesa doña María Manrique, su esposa, ha sido en tiempos posteriores lastimosamente profanado, y, lo que es mas lamentable todavía, los huesos del grande hombre y los de su esposa fueron extraídos y robados, sin que se sepa cuál haya sido la mano sacrilega, ó al menos sin que una pena afrentosa haya marcado la frente del criminal ó criminales que arrebataron á España uno de los mas preciosos depósitos que guardaban sus monumentos. Parece que un particular conservaba algunos de estos venerables restos, que pudo reunir á fuerza de celo y laboriosidad, el señor don Bartolomé Venegas, restaurador del templo, que hoy es dependencia de la parroquia de San Justo y Pastor. En la parte exterior de la capilla que mira á Oriente hay dos matronas de piedra que representan la Fortaleza y la Justicia, sosteniendo un tarjetón en que se lee: *Gun-*

«Gonzalo, dice un historiador extranjero (y le citamos con preferencia á los españoles, cuyo juicio pudiera aparecer apasionado), no estuvo manchado con ninguno de los vicios groseros propios de su época: no se vió en él aquella rapaz codicia, de que harto frecuentemente se pudo acusar á sus compatriotas en estas guerras (4): su mano y su corazón eran tan liberales como la luz del día: no se le notó nada de aquella crueldad y libertinaje que afea los tiempos de la caballería: siempre se mostró dispuesto á proteger al sexo débil contra toda injusticia ó insulto: aunque sus maneras distinguidas y su clase le daban grandes ventajas con el bello sexo, jamás abusó de ellas, y ha dejado fama, que ningún historiador ha puesto en duda, de irreprochable moralidad en sus relaciones privadas. Fué esta virtud rara en el siglo XVI. La reputación de Gonzalo está fundada en sus hazañas militares; y sin embargo su carácter parecía bajo diversos aspectos mas adecuado para los negocios tranquilos y cultos de la vida civil. En su gobierno de Nápoles desplegó mucha discreción y muy buena política; y tanto allí, como despues en su retiro, sus maneras cultas y generosas le granjearon, no solo la voluntad, sino la mas sincera adhesión de todos los que le rodeaban. Su educación primera, como la de la mayor parte de los nobles caballeros que nacieron antes de las mejoras introducidas en el reinado de Isabel, consistió en los ejercicios caballerescos mas bien que en la cultura intelectual; no le enseñaron nunca el latin, ni tuvo pretensiones de saber, pero honró y recompensó con generosidad á los que se dedicaban á las letras. Su buen juicio y su exquisito gusto suplian en él á todo lo que le faltaba; y así es que eligió los amigos y compañeros entre las personas mas ilustradas y virtuosas de la sociedad (5).»

No habia de tardar el Rey Católico en seguir á la tumba al hombre cuyas excelencias acabamos de compendiar. Hacia unos dos años que la salud de don Fernando se hallaba muy quebrantada á consecuencia de un hecho que revela las costumbres morales y las ideas que en materia de medicina se tenían en aquel tiempo. Cuando el rey habia perdido ya toda esperanza de tener sucesión de su segunda esposa doña Germana, esta señora, que lo deseaba vivamente, como tal vez el rey mismo, á fin de tener quien les sucediese en la corona de Aragón, aconsejada por dos principales dueñas propinó á su esposo cierto brebaje que confiaban habria de vigorizar su naturaleza (1513), expediente semejante al que en igual caso se habia empleado ya con el rey don Martín de Aragón. El resultado fué también en ambos casos parecido, á saber, el de estragar su salud y debilitar mas su naturaleza, hasta contraer una enfermedad, que se fué agravando cada día, y vino á declararse en hidropesía, «con muchos desmayos y mal de corazón, dice el cronista aragonés, de donde creyeron algunos que le fueron dadas yerbas (6).» Uno de los síntomas de esta enfermedad era aborrecer las grandes poblaciones, donde se sentía como ahogado, y no encontrar recreo sino en el campo y en los bosques, ni pasatiempo agradable sino en el ejercicio fatigoso de la caza.

Mas á pesar de sus padecimientos no dejó de tomar parte é intervenir en todos los negocios públicos, y en todas las

disaloo Ferdinando á Corduva, magno Hispaniarum Ducí, Francorum et Turcarum terrori.

Fué creado Gonzalo en Italia duque de Terranova y de Sessa y marqués de Bitonto; y además fué gran condestable de Nápoles y noble de Venecia. Sus estados de Italia le producian sobre cuarenta mil ducados de renta. Su hija Elvira, que heredó sus títulos, casó con su primo Luis Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, con lo cual se perpetuaron en la casa de Córdoba.—Salazar de Castro, Historia de la Casa de Lara, t. II, pág. 621.

Contaba Gonzalo 62 años al tiempo de su muerte.

(4) Bien pudo el señor Prescott haber hecho extensiva esta acusación á otros que no fuesen *sus compatriotas*, pues nadie mejor que el señor Prescott sabia, puesto que muchas veces nos lo ha dicho en su historia, que la rapaz codicia no era exclusiva de los españoles, y él mismo en muchas ocasiones, que le podemos fácilmente citar, nos ha hablado de la rapacidad de los extranjeros en aquellas mismas guerras á que alude.

(5) Prescott, Hist. del reinado de Fernando ó Isabel, part. II, c. 24.

(6) Zurita, Abarca y Aleson refieren en términos demasiado explícitos este suceso, que dejaron consignado el ilustrado Pedro Mártir y el doctor Carvajal.